



DISCURSO INAUGURAL 1893 ~ 1894

RAJAL DE SANTIAGO

R. 12.555

R. 12-555

n. 24174

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA DE SANTIAGO



00240360

1000

4.114

*Folleto 544-3*

SEMINARIO  
CENTRAL  
DE SANTIAGO.



*La Iglesia  
y la  
Lengua Latina.*

DISCURSO INAUGURAL

DEL

*Curso académico de 1893 á 1894*

POR EL DOCTOR

*D. Feliciano García de Sáez y Fernández*

PROFESOR DE LATINIDAD.



COMPOSTELA:

IMP. Y ENC. DEL SEMINARIO CONCILIAR CENTRAL

1893



~~D-4114~~

R-12.555

R. 60.770

SEMINARIO  
CENTRAL  
DE SANTIAGO.



*La Iglesia  
y la  
lengua latina.*

# DISCURSO INAUGURAL

DEL

*Curso académico de 1893 á 1894*

POR EL DOCTOR

*D. Feliciano García de Sáez y Fernández*

PROFESOR DE LATINIDAD.



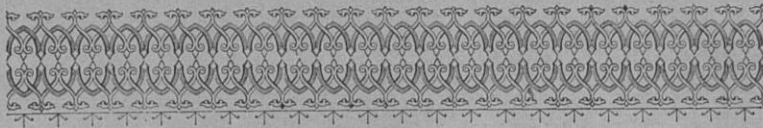
COMPOSTELA:

IMP. Y ENC. DEL SEMINARIO CONCILIAR CENTRAL

1893







Excmo. y Revmo. Señor:

Señores:



RODABA el mundo al abismo: el Rey de la creación corría á precipitarse en la profunda sima de ignominiosa degradación, cuando el Hacedor Supremo, por su infinita misericordia, detiene al hombre en aquella extraviada senda, y, al colocarle en los caminos que llevan á la eterna felicidad: „Ve allí, decíale señalando al cielo, allí está el punto á donde debes encaminar tus pasos“. — Dijo, y al retirarse, entrega el hombre al cuidado y desvelos de una

Madre cariñosa que nunca le abandona; y que entre tanto prosigue á su lado en el escabroso camino de sus eternos destinos, además de recordarle, para que no desfallezca, la inefable ventura que á los elegidos está deparada, excítale también á coger las perfumadas flores y opimos frutos del saber humano.

Sí, señores, la Iglesia de Jesucristo, desempeñando la elevada misión de encaminarnos al cielo, desea, es cierto, que sus hijos todos guarden siempre vivo en el corazón ese divino fuego de la caridad; pero también aspira, y sin perdonar sacrificios, á que todos cuantos la llaman Madre, ostenten su frente orlada con la diadema del humano saber.

Desgraciadamente, no han faltado algunos que, después de ser deudores á la Iglesia Católica del título de sabios que les prodiga el mundo, asociando la ingratitud á la vil calumnia, se han atrevido á decir y sostener que la Iglesia es enemiga de la civilización y del progreso, y que apaga los destellos del ingenio.

La Iglesia, dicen, es *oscurantista*. Injuriosa afrenta que viene á encender, en los nobles corazones que palpitan á impulsos de amor filial, una

indignación santa contra esos seres desnaturalizados que tienen la audacia de arrojar inmundo lodo á la siempre noble y veneranda faz de su augusta Madre.

Los verdaderos católicos levántanse enardecidos para protestar contra esa infame calumnia, haciendo resonar su poderosa, elocuente y enérgica voz en todos los ámbitos de la tierra: y en la cátedra y en el púlpito y en las grandes asambleas y en voluminosas obras y en ilustradas revistas y en todo género de publicaciones, demuestran con claridad meridiana, que la Iglesia de Jesucristo es y en todo tiempo ha sido amante y protectora de la verdadera ciencia y de la verdadera civilización.

Perdonad, señores, si con análogo intento presentare algunos rasgos él que, en este acto solemnísimos, viene hoy á molestar vuestra atención digna de todo respeto. Inútil, vano será este humilde trabajo, máxime, si se compara con otros tan luminosos y acabados como han sabido presentar en las inauguraciones pasadas, tan respetables maestros y dignísimos comprofesores.

En las incomparables armonías del universo aparecen confundidos lo grande con lo pequeño, lo

principal con lo secundario, lo fundamental con lo menudo y trivial, sirviendo la misma variedad y oposición para realzar el valor de la majestuosa unidad en el conjunto.

Esta consideración ha de servir, acariciamos la esperanza, para que tengáis la dignación de dispensarnos vuestra benevolencia, tan amplia y cariñosa como en estos momentos es necesaria.

Esperanza tan halagüeña está sostenida además, porque es de todos sabido que, el ocupar este puesto de honor y romper el silencio ante nuestro Insigne y Venerable Prelado y ante un público donde brillan personas tan distinguidas por su ilustración y talento, no es debido, no, al ofrecimiento espontáneo ni mucho menos á un alarde de pública exhibición, sino tan sólo á un deseo de responder al superior mandato del dignísimo Jefe de este Seminario.

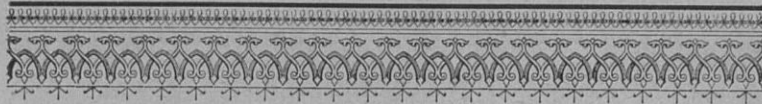
Confiando, pues, en el benigno criterio que habrá de adoptar vuestra ilustración y cultura, nos permitimos haceros una invitación, esto es: á considerar breves momentos á la Iglesia en presencia del idioma del Lacio; pasando á formular, para mayor claridad, la siguiente tesis: LA IGLESIA CATÓLICA, EN SUS RELACIONES CON

EL IMPORTANTÍSIMO Y TRASCENDENTAL ESTUDIO DE LA LENGUA LATINA, MUÉSTRASE, UNA VEZ MÁS, AMANTE Y PROMOVEDORA DE LA ILUSTRACIÓN.

Tal es el pensamiento que intenta desarrollar este modesto trabajo que, rendido, ofrezco al Rey del Cielo Cristo Jesús y á María Inmaculada.







# I

**Excmo. y Revmo. Señor:**

*Señores:*

**N**ADA es eterno en la vida. Bien decía el poeta Venusiano: *Mortalia facta peribunt*. Resonaban aún los ecos de la elocuente palabra del gran orador romano, y al parecer, aún se oían los vítores y aclamaciones que el pueblo-rey prodigaba al defensor entusiasta de la patria. Vivo estaba en la memoria de todos el recuerdo de muchedumbres que en tropel acudían para admirar un genio grande cual la grandeza de Roma: cuando Clodio se presenta secundado del populacho en sus as-

piraciones; cuando Lucio Catilina intenta saciar su sed de venganza llevándolo todo á sangre y fuego; bien sean intereses encontrados de patricios y plebeyos que sostuvieran los ánimos en continua agitación; ahora se descubra á Verres despojando con sacrílega mano los templos de los dioses; ahora se presenten Mario y Sylla disputándose el mando supremo, y César proclamándose Dictador perpetuo y echando las bases de un gran Imperio; y Bruto y Casio aparezcan honrados por unos con el magnífico nombre de libertadores de la patria, y degradados por otros con el ignominioso dictado de alevosos é ingratos. Sí, el pueblo todo conserva vivo el recuerdo de los triunfos que en estas y mil otras ocasiones obtenía Cicerón cuando inflamada su mente y latiendo el corazón al impulso de algún derecho oprimido ó del bien de la patria, con viveza de estilo y sublimidad de conceptos lanza palabras como rayos de Júpiter, que hieren y aniquilan á los mortales.

Nuevas estaban las páginas de oro en que el insigne historiador Tito Livio, con un lenguaje magnífico y elevado, sin menoscabo de la gravedad histórica, describía todas las épocas de gloria, progresos, victorias y hechos heroicos de los

ilustres varones que había dado á luz la soberana del mundo.

Y la bella poesía venía también sorprendiendo con su novedad y encantos, por la elegancia y delicadeza de los versos que las Musas inspirado habían al poeta de Mantua encumbrado á las alturas del inmortal Homero. En una palabra: era la época de esplendor y gloria, era la edad de oro de la Literatura latina, que en el siglo de Augusto había subido á la elevada cumbre de la perfección; época de ventura, edad dichosa que muy pronto había de finalizar, sucediéndose una rápida decadencia, no sólo por desfloreamiento de la forma, sino también por la excesiva pobreza del fondo en las obras literarias.

Y así vemos que, con los grandes escritores, hacen ridículo contraste Valerio Flaco ofreciendo á los contemporáneos de Vespasiano las aventuras de los Argonautas; Silio Itálico poniendo en exámetros las inmortales páginas de Tito Livio, ¡con bien poca fortuna! que presenta entreverados los hechos más reales y conocidos con ficciones mitológicas.

Estos y otros escritores como Nemesiano, Estacio y Reposiano demuestran que el arte podría,

á lo sumo, en un esfuerzo supremo, llegar entonces á la superficial elegancia de palabras.

Cayeron ya en olvido las generosas emociones y las grandes ideas que en tiempo del clasicismo habían dado vida y sostenido la poesía y la elocuencia; verdadero fariseismo literario, que así pudiéramos llamarle: desvelábase por buscar la bella forma, y, mientras tanto, olvidaba la invención, que es el verdadero mérito de las obras literarias.

¿Cuál habrá sido, señores, la causa determinante de tan rápida y fatal decadencia de la Literatura Latina? ¿Pudo haber contribuido á resultado tan funesto el espíritu de adulación que se iba desarrollando al propio tiempo que extendía sus dominios el despotismo y la tiranía, enemigos mortales del genio, que cortándole las alas le precipitan para amortajarle después con una sonrisa de mofa y de escarnio?

¿Pudo haber sido también, y al parecer lo habrá sido, causa la más principal, esa libertad omnímoda que tenían las pasiones: sed de placeres abrasadora, desmedido acrecimiento de riqueza en unos, en tanto que otros yacían sumidos en lastimosa miseria, y el menosprecio del pobre, y del

débil y abatido: en una palabra, la degradación profunda á que había descendido el hombre? Sí, que no cabe dudarlo; cuando los miembros que forman la sociedad han llegado á corromperse, el genio abate su vuelo y arrástrase por la tierra; la mente es entonces incapaz de inspiración, de fuego la fantasía, de entusiasmo el corazón.

Ahora bien; si, aunque triste, esto es una verdad, ¿qué porvenir podrían esperar entonces las letras latinas? No era, por cierto, el más halagüeño. El hombre pensador podía, no obstante, discurrir de esta manera en tan apurada situación: la literatura es la expresión de la vida social, pero habiendo de mejorar, en breve, esta vida, tendremos que esa misma suerte habrá de caber á la literatura. La primera verdad á nadie podría ocultarse; mas, ¿cómo sería posible la regeneración de la vida social?

Resolver este problema era á muchos imposible. Había, no obstante, algunos que fundaban su esperanza en una religión que entonces hacía su entrada en el mundo, rindiendo adoración á un Crucificado. ¿Pero qué? puede esperarse algo bueno de una religión que manda postrarse ante un hombre con ignominia muerto en afrentosa cruz,

nacido en la oscura nación judaica, y á quien siguen hombres "*contemptissimæ inertiae, per flagitia invisí, humani generis odio convicti, sontes et novissima exempla meriti?*" Nada, cierto, podían esperar los que tal idea habían formado de la religión naciente.

Mas, por el contrario, un risueño porvenir veían en lontananza los que habían llegado ya á convencerse de que esa nueva religión había bajado del cielo para devolver al hombre su primera dignidad, proponiendo á su creencia unos dogmas dignos de Dios, del hombre y de la sociedad: enseñándole donde se encuentra su patria y felicidad cumplida, que no se halla, no, en los placeres sensuales, sino en las delicias del cielo; los que tenían el convencimiento de que el Crucificado era, además de Hombre, Dios, que enamorado de la hechura de sus manos venía buscando de mil maneras sólo del amor conocidas; haciéndose ahora un Niño y después creciendo y desarrollándose para buscarla anheloso, sin perdonar fatigas ni dolores, hasta expirar, víctima de amor á su criatura, tendidos sus brazos para acercarla á su pecho, inclinado el rostro para besarla y abierto el corazón para que fuera su eterna morada.

Es verdad que esa religión tiene por fin principal la salvación de las almas; pero es también indudable que á todos cuantos prestaren asentimiento á tan sublimes verdades no faltará ni en la mente inspiración ni en el corazón entusiasmo.

Podríamos convencernos de que así es la verdad, siguiendo, siquiera sea de lejos, los pasos de esta religión que llamamos Cristianismo, y pronto hemos de advertir el notable impulso que viene á comunicar á la literatura latina en sus principales ramos.

Por su poderoso influjo la historia traspasará las limitadas fronteras de un pueblo y acometerá la gigantesca empresa de describir los anales de la Iglesia y del mundo entero; el horizonte intelectual y moral extenderá sus límites; el patrimonio del alma humana alcanzará nuevos caudales; y la civilización cristiana, al suceder sin menoscabo, á la civilización romana, promete siglos de gloria á las generaciones que de aquella traigan origen.

Inspirándose los escritores del Cristianismo en verdades las más sublimes y en una moral toda divina, contribuirán á la formación de una literatura del todo nueva: literatura que deberá no obs-

tante su forma á las multiplicadas vicisitudes por que haya de pasar la difusión del Evangelio.

Luchar contra el odio, la perfidia y las calumnias más absurdas, desenmascarar las locuras é immoralidades del paganismo, reivindicar á los cristianos, hacer salir á la luz del sol la sublimidad de nuestras creencias: éste y ningún otro podía ser el nuevo género de literatura que el Cristianismo debía de adoptar para defenderse, y atacar á multitud de enemigos que habrían de hacerle guerra declarada.

No había aún llegado la hora de pulir y dar tersura á unos períodos hábilmente contruídos, ni la tribuna se hallaba levantada en un salón de conferencias y en presencia de auditorio pagado de una harmoniosa cadencia; nó, que allí se trataban problemas de interés para el alma, háblase de sus derechos, de la demostración de sus deberes, de sus gloriosos privilegios, de sus destinos eternos. Por esta razón la elocuencia brota entonces no tanto de las palabras como de las cosas mismas: no es, nó, una elocuencia efímera porque va íntimamente unida á las ideas y sentimientos en que el Cristianismo se inspira. Aquí la elocuencia salta del corazón y los labios, y no por mero ejercicio,

no como acto pasajero del que pende mayor ó menor nombradía; sino á manera de un ministerio sagrado, y como un sacerdotal deber que defiende los derechos de Dios en la tierra y obra la salvación de las almas.

En tales ideas y sentimientos estaban inspirados los trabajos literarios que salían de la pluma de aquellos escritores que recibían el nombre de Apologistas del Cristianismo.

Á la cabeza de estos Apologistas ó mas bien de los escritores cristiano-latinos en general, hallamos á Minucio Félix con su diálogo intitulado "Octavio", pequeña obra literaria que nos introduce de manera muy digna en la literatura cristiano-latina.

Sobre este trabajo quisiera trazar dos líneas, al menos para dejar consignado que esta religión vilmente motejada de *oscurantista*, ya sabía en su origen expresarse en bella forma, y con arte delicado en la composición. ¡Precisamente cuando el mal gusto había invadido las producciones literarias!

Veamos la disposición de la obra. Al principio refiere el autor, que con ocasión de una visita de su buen amigo Octavio, que era cristiano como él,

hicieron una excursión desde Roma á Ostia. Paseándose allí una mañana á la orilla del mar con otro amigo más, llamado Cecilio, que aun era pagano, acertaron á pasar por delante de una estatua de Serapis, que Cecilio no dejó de venerar. Octavio, con indignación, reprende á Minucio por consentir que su amigo permanezca sepultado en la ignorancia. Esta reprensión hiere al pagano que al punto propone la discusión con Octavio, eligiendo ambos á Minucio como juez en la cuestión. Cecilio, queriendo justificar su fidelidad á las creencias del pueblo, al no abrazar el Cristianismo, toma la palabra el primero y, declarándose partidario del escepticismo, niega la posibilidad de conocer la verdad, rechazando al mismo tiempo la providencia y la intervención de Dios, con lo que se declara partidario de la secta de Epicuro. Si la ciencia no puede llegar sino á un resultado negativo, prefiere quedarse él con la fe de sus padres á quienes Roma debe su grandeza. Y después de todo, ¿cómo los cristianos, ignorantes, poseían la verdad...? El fondo del discurso consiste, luego, en exponer la inmoralidad de esta secta secreta, su ateísmo y la falsedad de sus doctrinas. Octavio entonces en una réplica llena, enérgica y muy

extensa, siguiendo paso por paso al adversario, refuta en todos sus pormenores el discurso de Cecilio.

Estableciendo luego Octavio la Providencia como base del monoteísmo cristiano, demuestra que la esencia de la Divinidad que gobierna el mundo, exige la unidad, y la unidad se halla en contradicción con el politeísmo. Por eso el monoteísmo es una religión innata en el corazón humano. Y para explicar la existencia del politeísmo, preciso es recurrir á la intervención de los espíritus diabólicos, enemigos de Dios, que hablan por boca de los adivinos y oráculos, mezclando en sus palabras la mentira y la verdad; que dirigen á los Augures y Aurúspices, comunican á las estatuas de los dioses apariencias de divinidad, y, en su ódio contra los cristianos, se posesionan del espíritu y corazón paganos, para destruir el Cristianismo. Esos mismos espíritus son los propagadores de las más infames calumnias contra la moralidad y culto de los adoradores de Jesucristo, como son: el sacrificio de un niño en la consagración, la inmoralidad y el incesto en los ágapes fraternales y otras muchas calumnias que no creerían los paganos, si entre ellos no existieran semejantes monstruosidades.

Prosiguiendo luego el autor, demuestra cuán injuriosa es al Cristianismo la denominación de ateo, significando que el monoteísmo cristiano exige en su idealidad, no sólo culto exterior sino además otro interior en el espíritu y en el corazón. Sírvele este pensamiento de transición á la justificación de las doctrinas que forman como el núcleo de la fe cristiana. Y después de demostrar que es tan perfecta la moral de los cristianos que un solo mal pensamiento es una falta, concluye con una elocuencia nacida del corazón, haciendo ver como los cristianos apoyándose en el conocimiento de Dios, bondad infinita y en una esperanza eterna, son verdaderamente dichosos, aun en esta vida, á pesar de la pobreza, la abnegación y las persecuciones.

Tal es, en dos palabras, el contenido de esta Apología, en la cual se juntan el arte de composición y el encanto del estilo, que pueden competir con los mejores autores que recuerda la literatura latina. Aquí se halla la narración adornada de una elegancia admirable, singularmente en aquella época. Animada de espíritu y vida, camina en derecha hacia el fin con airoso movimiento, sin dejarse arrebatar de violenta pasión, y hace sentir siempre

un suave calor que á veces produce la hermosa llama de la inspiración. El estilo tiene un carácter personal que conserva debidamente su puesto; el autor, hallándose identificado con el asunto que trata, demuestra interés de corazón y el alma acierta á expresarse en un lenguaje que en muchas ocasiones revela ya el genio de la literatura cristiana que, en este primer ensayo, nada tiene que envidiar á la literatura pagana.

Al lado de Minucio Félix vemos en la Iglesia un escritor distinguido, el más original acaso de los primeros siglos. Genio atrevido, fogoso y violento, colorista de ardiente y viva imaginación, ahora aparece como abrasado en el celo de un apóstol, ahora se presenta clavada su vista en la idea fija del sectario. Es su estilo abrasador como el sol africano; desmenuza las palabras é introduciéndolas en moldes nunca vistos las arroja al adversario encendidas, como en fusión. El nombre es de todos conocido; ese genio es Tertuliano, autor de un lenguaje que él solo ha sabido hablar. Unas veces crea sustantivos nuevos, otras verbos y adjetivos; cambia la significación de preposiciones y les da un régimen que la lengua clásica no sabría tolerar, y traslada vocablos del griego, si

es que lo pide la frase ó la escasez de la lengua latina le obliga á tal procedimiento.

¡Cuántas ideas agita Tertuliano! ¡Qué novedad de recursos y comparaciones fecundas!

Si causa admiración como apologista, resulta incomparable Tertuliano, al apoyar sus demostraciones en la imposibilidad en que el paganismó se halla, de producir las celestiales virtudes que abundan en la religión cristiana.

Por su temperamento, por la poderosa influencia que ejerció su personalidad como escritor, debía Tertuliano formar Escuela, y uno de sus discípulos es San Cipriano.

Éste, como su Maestro, según él mismo le llamaba, no desprecia la elocuencia que había enseñado en sus primeros años. Su estilo es limado, su frase corta y cual límpido arroyo busca caprichoso rodeo perdiéndose en los detalles de alegorías y comparaciones. La persecución de Decio y las violentas conmociones que en aquel tiempo agitaban al mundo, no pudieron menos de conmover á San Cipriano, haciendo brotar como un raudal su elocuencia. Gemía el Imperio bajo la opresión de los Bárbaros; el hambre y la peste asolaban la tierra; y como se atribuyese á los

cristianos el origen de estos males, toma Cipriano su vigorosa pluma, y con acerado y sublime estilo, escribe su carta al Procónsul Demetriano, rebatiendo semejante acusación y haciéndole ver, con la claridad y valentía propias de un denodado defensor de la Iglesia, que los vicios del paganismo ya agonizante son la verdadera causa de la cólera de Dios.

Es lastimoso en verdad, señores, concluir este período de la literatura latino-cristiana mencionando únicamente los nombres ilustres de Minucio, Tertuliano y San Cipriano; mas, no permitiendo otra cosa la índole de este trabajo, nos limitaremos en esta época y siguientes á recordar poco más que el nombre de algunos astros de primera magnitud que, por las letras latinas, brillaron en el hermoso cielo de la Iglesia católica. Cumple, no obstante, advertir, por nuestra satisfacción, que pocos nombres nos bastan para conseguir la demostración de esta verdad que algunos ignoran ó pretenden ignorar, esto es: que la Iglesia católica no corta nunca las alas al genio, ni tampoco es enemiga de la inspiración y de las bellezas del arte de bien decir.

Sabido es que la victoria de Constantino so-

bre Licinio decidió también de la victoria del Cristianismo sobre el paganismo, y que por la subida de aquel al trono imperial, finalizado había la era de las persecuciones. Con un presente pacífico y un porvenir halagüeño de seguridad y libertad, la literatura cristiana, en lugar de ponerse al servicio de una apolegética más ó menos agresiva, extiende cada día las posiciones conquistadas, adoptando géneros literarios que hasta entonces no había usado, como son: la historia, la poesía didáctica y lírica; y creando otros nuevos, como la homilía y catequesis. En todas partes despiértase una actividad intelectual que con avidez se apodera de campos tanto tiempo sin cultivo, como que habían empecido barreras que hasta entonces fué imposible franquear.

Es cierto que el Cristianismo aun no era la religión del Estado; mas no por eso deja de disfrutar de privilegios concedidos al culto oficial. El paganismo ve que sus sacerdotes van quedando sin prestigio, que se cierran sus templos y caen en desprecio sus ceremonias.

Conviene, sin embargo, no alucinarnos con tan bellas apariencias. El Cristianismo reinaba, cierto, en la conciencia individualmente considerada, pero

en la vida social y política y en las costumbres ¡ay! no. Allí triunfaba el paganismo. No se había disminuido aún la esclavitud ni el derecho brutal del esposo ni del padre de familia. ¿Los juegos del anfiteatro habían perdido por ventura sus halagos y atractivos? No, que las costumbres estaban animadas del antiguo espíritu pagano. El politeísmo formaba aún la base de la sociedad romana. Y en circunstancias como estas se presenta el arrianismo que había de poner en peligro extremo la fe católica.

La historia de la Iglesia quizá no recuerde unos tiempos en que á la literatura cristiana se le haya impuesto, cual en este, trabajos tan formidables y de tan graves consecuencias.

Empero, Dios nunca deja sin defensores á su Iglesia.

¿Se transforma el paganismo para combatir con nuevas armas al Cristianismo? Pues también los Apologistas que antes habían vencido, modificarán la forma de sus defensas y agresiones, con esta divisa: *Non nova, sed nové.*

¿Es necesario atacar al paganismo en sus ideas, vicios y tendencias? Pues al punto aparecen bellos tratados de moral cristiana, que haciendo brillar

todo el ideal de la santidad, atraen los corazones de las vírgenes, esposos, viudas, sacerdotes, religiosos y aun de los emperadores. La acción de la literatura cristiana no se circunscribe al individuo; se extiende á la sociedad. Necesita la Iglesia sustraerse á las opresiones de un poder absoluto y enojoso; intenta organizar su jerarquía, instalar su culto, establecer la disciplina y escribir su historia ó al menos, si todas estas cosas existen, es necesario asegurar su existencia para hacer permanente su duración.

Por último, estalla la guerra en el seno de la misma Iglesia. Y cumpliéndose las palabras del Apóstol: *Oportet haereses esse*, las herejías desgarran la sociedad cristiana; el arrianismo y maniqueísmo siembran la discordia en el Catolicismo.

Dogma, disciplina y moral, herejías, vida eclesiástica y religión, son los asuntos de que es preciso tratar, y Dios envía innumerables defensores de sus derechos y de los de su Iglesia.

No es posible mencionar esa multitud de ilustres escritores que se presentaron entonces y así nos contentaremos con fijar nuestra mirada en tres únicamente: San Jerónimo, San Ambrosio y San Agustín.

Este último lleva en pos de sí la universal admiración. Su alma jamás encuentra reposo, sino en el amor de la eterna Belleza, siempre antigua y siempre nueva. Su espíritu elevado toca en los problemas más intrincados de la metafísica divina y su inteligencia recorre muy dilatados horizontes.

Suponiéndole adornado de tan relevantes prendas, es posible ya explicar como haya escrito obras tan maravillosas como „La Ciudad de Dios“, sus tratados de „Gracia“ y „Predestinación“ y el volumen pequeño, sí, pero admirable „De Catechizandis Rudibus“, primer manual de Catecismo cristiano.

Contemporáneo de San Agustín y amante verdadero de las bellas letras era San Jerónimo, que hablando de sí propio, dice haber saboreado la flor de la elocuencia de Cicerón, la dulzura de Plinio y los encantos de Virgilio. Bien sabido es que San Jerónimo se corrige de tan viva inclinación á la literatura, traduciendo la Biblia, mas hubo de comunicar tal impulso á las letras cristianas que continuará en todos los siglos por sus Cartas y Escritos históricos.

¡Qué grande interés despierta su hermosa correspondencia!

Desde su mismo austero retiro acompaña con la mirada los acontecimientos que ocurren en el mundo, tan atento á los progresos del arrianismo como á la aparición de cualquier tratado que San Agustín publica. En sus numerosas cartas tenemos como un diario en el que, al lado de los sucesos de la vida interna, leemos la descripción de cuanto pasa en la tierra.

Si en las cartas de San Jerónimo domina el ascetismo y el interés constante de trabajar por hacer el alma más bella y más digna de Dios, ese mismo pensamiento le acompaña al hacerse historiador. No trata únicamente de historiar batallas ganadas ó perdidas ni revoluciones transitorias en que se levanta un trono allí mismo donde otro se ha hundido, el historiador cristiano hace siempre nobles esfuerzos para que el hombre se aproxime á la perfección de Dios. Así es como la historia se convierte en escuela de verdadero saber y, al referir lo pasado, consuela y sostiene lo presente, disponiendo el porvenir.

Hemos diferido hasta el presente lugar el tratar de San Ambrosio, porque merece una especial detención la poesía de sus Himnos. Son éstos los que, en primer término y de un modo decisivo, in-

roducen en Occidente el lirismo cristiano y más aún, la poesía puramente cristiana en general.

Aquí, respecto á la forma, vemos al Cristianismo asimilándose lo más escogido de la cultura antigua. Esta es la primera vez que el genio cristiano despliega las alas para dirigir su vuelo hacia los dominios de la imaginación. La poesía lírica de que tratamos, habiendo nacido en un suelo diferente de la lírico-pagana, aun cuando se adorna de sus bellas formas, procura siempre vestirse como lo exige su talle.

Antes de San Ambrosio apenas se conocen otros himnos que los de San Hilario, según el siguiente testimonio de S. Isidoro: "Hilarius Gallus, Episcopus Pictaviensis, hymnorum carmine floruit primus." Mas el primero es el único que dió en Occidente carta de naturaleza á la poesía lírica absolutamente cristiana.

El Apóstol San Pablo decía que en su tiempo los fieles entonaban cánticos; como se lee en sus cartas á los de Éfeso y Colosas, y excitábales asimismo á dejarse penetrar del Espíritu Santo por estos cantos, á tributar acciones de gracias á Dios y á instruirse mutuamente. Con el nombre de himnos significaba el Apóstol cantos de alabanzas en

honor de Dios y de Jesucristo. Los cuales, escritos en forma de salmos, tienen como carácter esencial el paralelismo en los miembros de la frase.

Este género de poesía excitó en la Iglesia griega el entusiasmo de Clemente de Alejandría y San Gregorio Nazianceno; y aun los herejes mismos le han utilizado para extender sus creencias, en especial los maniqueos y arrianos. San Efrén compuso también sus himnos para combatir el éxito de los cantos de los maniqueos, y en Occidente San Hilario empuñó las mismas armas para combatir el arrianismo victorioso. San Ambrosio, imitando al Obispo de Poitiers, compone también sus himnos, no sólo con objeto de sostener la doctrina ortodoxa, sino además para introducirlos en la Iglesia. Toda la actividad de este Santo se encaminaba al terreno práctico; por eso le vemos componer himnos, tan sólo cuando la lucha contra el arrianismo es más formidable y al proponerse enriquecer la liturgia que introduce en esta época.

Entre los himnos ambrosianos que se conservan, parece que sólo cuatro pueden ser atribuídos con toda seguridad á San Ambrosio. Pues la sola denominación de himno ambrosiano que se ha dado á muchos, aun por escritores antiguos, no es

suficiente para asegurar su autenticidad. Se dió en efecto ese nombre á poemas eclesiásticos compuestos á imitación de los himnos de San Ambrosio ó que se cantaban del mismo modo que los de este Santo. Los cuatro himnos auténticos de San Ambrosio parece que son los que empiezan así: el

- 1.º Deus Creator omnium  
Polique rector, vestiens  
Diem decoro lumine,  
Noctem soporis gratia, etc.
- 2.º Aeterne rerum Conditor,  
Noctem diemque, qui regis,  
Et temporum das tempora,  
Ut alleves fastidium, etc.
- 3.º Jam surgit hora tertia,  
Qua Christus ascendit crucem,  
Nil insolens mens cogitet,  
Intendat affectum precis. etc.

Estos tres se hallan citados por San Agustín como auténticos, y el

- 4.º Veni, Redemptor gentium,  
Ostende partum Virginis,  
Miretur omne saeculum;  
Talis decet partus Deum, etc.,

se lo atribuyen á San Ambrosio varios escritores fidedignos de la mitad del siglo V.

Debemos consignar asimismo que en la colección de obras de San Ambrosio, hecha por los monjes benedictinos de la Congregación de San Mauro, hemos visto doce himnos atribuidos al Santo. Y tratando del *Te Deum*, se leen estas palabras: "Nemo quippe est. hac nostra ætate non plane rudis, qui fabulam esse inficiatur, quod eundem hymnum, post baptizatum ab Ambrosio magnum Augustinum, ab utroque, alternis vicibus, decantatum olim jactabant."

Ahora, pues, dejando á un lado la discusión acerca de los restantes, nos detendremos un poco en los cuatro que acabamos de indicar. En ellos podemos estudiar el verdadero punto de partida de este nuevo género de poesía, porque en los himnos de San Ambrosio es donde comienza en realidad la historia de los himnos latinos. Analicemos en primer término su forma.

Los cuatro himnos, de treinta y dos versos cada uno, están compuestos en dímetros yámbicos, reunidos en estrofas de cuatro versos. La medida está rigurosamente observada, la cantidad exactamente seguida y el hiato evitado por completo.

La opinión por algunos sostenida de que la poesía lírica cristiano-latina empieza olvidándose del metro y de la cantidad, carece de fundamento. La poesía de los himnos toca directamente, respecto á la forma, en la poesía artística de la antigüedad pagana. No era el yambo en su origen un metro popular de la poesía latina; mas en la época de San Ambrosio usábase en la epopeya y la estrofa corta de cuatro líneas contribuía á que fuera del agrado del pueblo.

Si de la forma pasamos al estudio del fondo de estos himnos, vemos que los sentimientos allí expresados son tan cristianos como pagana es la forma.

Los tres primeros son destinados á las tres horas del día consagradas á la oración. Es la primer hora un canto de la tarde correspondiente á la oración que precede al momento de reposo. Después de dar gracias á Dios por los beneficios recibidos en el día transcurrido, implora el alma la protección contra los ataques del enemigo, en especial durante la noche y contra los asaltos que amenazan la pureza del corazón. La segunda es un canto matutino saludando la aparición de la aurora, con unas aspiraciones llenas de piedad. La tercera es-

tá destinada á la tercera hora (*tertia*), tiempo de oración que recuerda la hora en que nuestro Salvador fué enclavado en la cruz, según lo significa el mismo himno, ya en el principio. La cuarta, por último, es un canto de Natividad y, como tal, fué cantado primeramente en la iglesia de San Ambrosio y luego en otras iglesias.

De estos cuatro himnos, el último tiene carácter de más antiguo, recordando también por su estilo los himnos más antiguos de San Ambrosio.

Puramente dogmático, celebra la Encarnación del Salvador que, siendo Dios, es igual al Padre Eterno: „*Aequalis Aeterno Patri*“. Esta era la naturaleza de los primitivos himnos cristianos, y por estos himnos acusaban los arrianos á San Ambrosio de haberse servido de ellos para engañar al pueblo.

Vemos también en este cuarto himno una afirmación de la fe católica (de Nicea) opuesta al arrianismo. El estilo *arcaico* —tomada esta palabra ya en cuanto á la lengua ya al género de poesía— muéstrase aquí, no sólo en las figuras tomadas del Antiguo Testamento, sino también en el paralelismo hebraico de los miembros, de lo cual la quinta estrofa nos ofrece claro ejemplo:

Egressus ejus a Patre,  
Regressus ejus ad Patrem.  
Excursus usque ad inferos,  
Recursus ad sedem Dei.

Este himno en el fondo y en la forma recuerda los más antiguos de la Iglesia cristiana en general.

Los dos primeros himnos son por el contrario de naturaleza parenética, ofreciendo un carácter puramente romano que corresponde á maravilla con el de San Ambrosio.

El tercer himno, cuyo objeto es recordar la muerte de nuestro Salvador en la Cruz, tiene fondo dogmático, es verdad; pero al mismo tiempo señala su tendencia á la parénesis, por manera que nos ofrece un ejemplo de un género mixto. Resulta, pues, que las diferentes especies de este género de poesía, están representadas en estos cuatro himnos auténticos de San Ambrosio. Los dos primeros, marcados con un sello más nacional é individual, manifiestan gran número de cualidades estéticas, pudiendo estudiarse en ellos la propiedad y completa originalidad del estilo de la poesía lírico-cristiana, comparada con el lirismo antiguo y romano.

Y no es que en esta poesía se manifieste única-

mente el poder y energía del alma, al mostrarse el hombre completamente abismado, haciendo que esta poesía venga á ser la expresión más tierna del sentimiento. Aquí resalta además la comunicación íntima del hombre con la naturaleza, pudiendo decirse que ésta es la que suministra colores al pincel del poeta. Preséntase la naturaleza despojada de su independencia y no más que al servicio del poder ideal y moral; sirviendo al Creador, obedece á sus órdenes inmediatas, siendo el instrumento de que Dios se sirve para la salvación del hombre.

Como el espíritu maligno puede hasta cierto punto valerse de la naturaleza para ruina de la humanidad, puede también la misma naturaleza servir de expresión simbólica del mundo moral: la luz del día es en especial símbolo de Jesucristo; la noche, por el contrario, símbolo del demonio y del paganismo. El sentido natural y simbólico andan con frecuencia juntos, ejemplo en el himno segundo cuando dice: „Tu lux, refulge sensibus.“ La causa de esto, al parecer, es que la expresión metafórica aparece más libre, más atrevida que en la poesía antigua. Observemos por ejemplo esta estrofa:

Praeco diei jam sonat,  
Noctis profundae pervigil,  
Nocturna lux viantibus,  
A nocte noctem segregans.

Ya puede fácilmente notarse en estos versos como nuestra ave doméstica es el heraldo del día y además luz de la noche para los caminantes. Antigua por la forma en su origen, viene á ser también esta poesía esencialmente cristiana en el fondo, puesto que no hace más que producir ideas nuevas.

La influencia tan considerable que debían ejercer en la literatura los tres grandes escritores que acaban de mencionarse, San Agustín, San Jerónimo y San Ambrosio manifiéstase ya en las obras de sus contemporáneos, pues la literatura de éstos era obra del impulso de aquellos. La poesía cristiana recibió de San Ambrosio, primero por sus poemas y luego por su elocuencia, movimiento notable adquiriendo modelos acabados.

Y el representante principal, no sólo en esta época sino también en los tiempos posteriores, se formó bajo la influencia de San Ambrosio.

Parecíanos en verdad muy suficiente, para demostrar nuestro aserto, haber mencionado en esta

época esos tres nombres ilustres; mas el sentimiento de patriotismo obliganos á mencionar otro nombre á que acabamos de aludir y, que representa las glorias de nuestra amada patria: Aurelio Prudencio Clemente, el principal en la poesía por la variedad, número y originalidad de sus versos. ¡Quién me diera poder significar las bellezas de sus poemas! ¡quién me diera presentar en un cuadro, á las miradas de todos, los prodigios de poesía y elocuencia con los cuales hubo de causar la admiración del mundo ese inmortal español!

Siéndonos imposible hacer un estudio detallado de sus obras, nos limitaremos á mencionar alguna siquiera. No podemos por menos de rendir admiración, en primer término, al número y variedad de las obras de Prudencio. Sus poesías líricas, épicas y dramáticas son numerosas é importantes, pudiendo asegurarse que en Occidente es en su época el poeta más fecundo por el número de versos y originalidad de producciones.

En su *Cathemerinon* comunica al himno ambrosiano el carácter de la oda cristiana, trasladándola del terreno puramente litúrgico, para hacer de ella un elemento estético y de arte. En el *Peristephanon* (de coronis) inventa poesías lírico-

épicas que enseñan un género artístico desconocido de la antigüedad, del todo nuevo por consiguiente, que habrá de reproducirse en la poesía popular de la edad media y continuará en la poesía artística moderna.

La *Psychomachia* (de *compugnantia animi*) ofrece por su originalidad á la edad media una nueva forma artística. ¡Cuán pequeño aparece el pagano Claudiano, contemporáneo de Prudencio, cuando se comparan estos en punto á la originalidad!

Si las obras de Prudencio se leen con alguna detención, vemos que su poesía es absolutamente cristiana, no sólo en las ideas sino también en la interpretación y empleo de cosas sensibles, como símbolo del pensamiento y de la expresión más clara y más rica del alma. Su *Amartigenia* (de *origine peccatorum*) donde el pensamiento más abstracto se reviste de una forma enteramente poética, nos recuerda la obra clásica de Lucrecio; y en los libros contra Symmaco, vemos el poder de la elocuencia de Cicerón, de Virgilio y Tito Livio. Hacemos omisión de otras muchas obras tuyas que no nos es permitido mencionar ahora, y como único elogio podemos recordar que Sidonio Apolinar, au-

tor nada pródigo en alabanzas, compara á Prudencio en sus trabajos con el mismo Horacio; y Espar, después de decir que los himnos de Prudencio superan en profundidad y grandeza á los cantos de Píndaro y Homero, añade estas encomiásticas palabras: „Prudencio resplandece por la fuerza, grandeza y verdad de sus pensamientos, así como por la belleza y brillo de las imágenes y pinturas: tiene una erudición muy variada, un juicio exquisito, una imaginación viva y fecunda; y si estas son las cualidades de los grandes poetas, debe con toda seguridad figurar en el rango de los más ilustres. Empero, lo que sobre todo nos parece admirable en él, lo que le constituye superior á los otros poetas, es ese entusiasmo profundo y sostenido que siente por los dogmas y la moral, por los santos y mártires del Cristianismo: entusiasmo que tan felizmente sabe comunicar al alma del lector. Es sin disputa, concluye, el príncipe de los poetas cristianos.“

San Paulino de Nola, San Próspero de Aquitania y otros mil y mil escritores, recrearán también las almas con sus frescas y suaves composiciones. Mas, poco á poco, cuando los Bárbaros entren en el Cristianismo, se hará el oído menos sensible á la

delicadeza rítmica y prosódica y se irá perdiendo la apreciación de la cantidad, reemplazándose el pie por el acento tónico y la cantidad por la asonancia.

La rima dará al oído esa satisfacción que la prosodia antigua no le podía ofrecer. La poesía cristiana obtendrá su libertad y tendrá su apogeo en dos composiciones tan hermosas como el *Dies irae* y el *Stabat Mater*, esperando que un día, emancipada del latín, pero inseparable de su espíritu primitivo, llegue á la belleza perfecta en los versos de Fr. Luís de León y Lope de Vega.

De las ligeras indicaciones que preceden puede colegirse que la literatura latino-cristiana adoptó en prosa y verso formas especiales para expresar las ideas y sentimientos cristianos. El Cristianismo había utilizado la cultura estética de la antigüedad: la historia bíblica, escrita en versos exámetros, aparece en frente de la epopeya nacional romana; y la poesía didáctica de Prudencio trata cuestiones dogmáticas como la poesía filosófica de Lucrecio. La poesía lírico-cristiana se presenta con un carácter variado en la poesía de los himnos, revistiendo unas veces la forma popular de la canción, ya sea que se eleve

á tomar la forma de la oda horaciana. Esta época se halla enriquecida de multitud de géneros en poesía.

En la prosa misma vemos cultivados todos sus campos con más ó menos éxito. La elocuencia del púlpito sustituye á la del foro, manifestándose en formas las más diversas: explica la Biblia, el dogma, la moral y trata de la enseñanza en general. Publícanse obras especulativas bajo la forma de tratado ó diálogo, así como escritos didácticos consagrados á exponer la moral y la filosofía popular; polémica aplicada á la defensa y á la acusación; el género epistolar en todos sus aspectos; la crónica, la historia universal, la historia eclesiástica y la historia literaria.

Si siempre la literatura es la expresión de la vida social de los pueblos, nunca, tal vez, se presenta más clara esta verdad que á los comienzos del siglo V de nuestra Era.

Es esta la época en que los pueblos bárbaros del Norte invaden el Imperio romano, consiguiendo destruirle y formar nuevos Estados, entre otros, los de los visigodos, francos, anglo-sajones, hérulos, ostrogodos, lombardos, vándalos y normandos.

Acabamos de indicar la destrucción del antiguo Imperio romano, y la lengua hablada por el pueblo-rey también estaba llamada á desaparecer.

¿Qué se hizo entonces de la cultura antigua? ¿Hubo acaso alguien que le tendiera una mano protectora?

Tomaremos por respuesta las palabras de un escritor protestante: „La cultura antigua, dice, se vió entonces obligada á buscar abrigo en las alas de la Iglesia que le ofreció un asilo protector y especialmente en los claustros. Allí es donde se refugia la literatura antigua en gran parte, multiplicándose las obras por medio de multitud de copias; pero la ciencia no penetra aún en muchas regiones, sino bajo una forma modificada por la Iglesia ya con el auxilio de las escuelas ya por medio de obras enciclopédicas.“ ¡Bueno es que tampoco en esta ocasión la Iglesia católica haya sido *oscurantista*...!

No le ha cabido gran suerte á la literatura latina con las clases populares que, mezclando con ella voces extranjeras, formaron los idiomas que hoy conocemos con el nombre de neo-latinos, sirviendo de transición para las lenguas modernas.

Merecen entre estas, una mención especial, los idiomas español, italiano y francés.

La lengua italiana es hija primogénita del latín popular, derivándose de un dialecto mezclado de etrusco, sabino y osco, lenguaje usado por el pueblo romano y la gente del campo; contribuyendo altamente á la difusión de este latín, el establecimiento de varias colonias romanas en España, la Galia y la Dacia, mientras que la lengua noble seguía fatalmente la decadencia de las letras; pudiendo con verdad decir Plutarco, que ya en tiempo de Trajano no se hablaba la lengua latina sino la romana. No podemos negar que en Italia había diferentes dialectos que insensiblemente se iban formando; mas, como ordinariamente sucede que prevalece siempre sobre los otros el dialecto hablado en la capital de la nación, resultó que el dialecto toscano y en especial el florentino, ha quedado como modelo en las provincias del Norte y Mediodía.

La literatura francesa, procedente también de la latina, está en relación con la dominación romana que allí hubo de durar cinco siglos. La lengua latina prevalece en la Galia hasta el tiempo en que los francos se fijan en las provincias del

Norte y los visigodos se establecen en el Mediodía. Los conquistadores, mezclando sus idiomas con los de los vencidos, dieron principio á dos lenguas, la walona y provenzal, las cuales, después de grandes variaciones, vinieron á dar por resultado la lengua francesa.

Gloria muy grande ha cabido á nuestra amada España por los muchos escritores con que hubo de honrar la literatura latina.

La Península ibérica había hecho ya desde el primer siglo de nuestra Era, grandes progresos en letras y ciencias. Antes de la fundación de las escuelas de Cádiz, los jóvenes iberos escuchaban en Roma las lecciones de los grandes maestros: Séneca, Lucano y Floro, naturales de Córdoba; los poetas Marcial y Prudencio, el geógrafo Pomponio Mela y el retórico Quintiliano, nacidos todos en nuestra España, honra grande fueron de las letras latinas.

Desgraciadamente, jamás en país alguno se ha extendido como en nuestra patria la destrucción asoladora de las hordas germánicas. Vándalos y alanos la invadieron causando grandes desastres instalándose en ella los visigodos. Estos que, entre los pueblos del Norte, eran los más accesibles

á la civilización, adoptaron con la religión la lengua de los vencidos; pero si en algunos miembros de la sociedad se conservaba la pureza de la lengua latina, en la clase popular se realizaba la mezcla de vocablos latinos y voces extranjeras que iban dando nuevo carácter al idioma nacional.

Así va desapareciendo de los dominios del pueblo la lengua de Cicerón y Virgilio: así muere, pero con muerte gloriosa, porque muere dando vida al idioma de Italia, armonioso como un canto, al idioma de Francia, dulce como el amor, y al idioma de Castilla, grandioso y sublime como la oración.

## II

Habiendo llegado á este punto y acompañado á la lengua latina hasta su desaparición del terreno popular, cabe preguntar ahora: ¿es, por ventura, de utilidad general el estudio de una lengua que hoy no tiene uso vulgar, el estudio de una lengua que ya casi está olvidada y, en fin, de una lengua muerta?

Señores, parece que ciertamente un estudio semejante no reporta esa utilidad. Al menos hay dos clases de personas para quienes resultá inútil el estudio de la lengua del Lacio. Los de la primera clase paladinamente dicen, que ese estudio debe excluirse, puesto que no reporta utilidad (explicaremos más tarde esta palabra).

Los de la segunda clase merecen ser escuchados con la atención y precauciones debidas, pues su lenguaje seduce.

Revestidos de toda gravedad y con un celo que pareciera apostólico, afirman, sí; que la lengua latina debe manejarse siempre, y que poseer esta lengua es de suma trascendencia; pero ¿en qué obras debe estudiarse? ¡Ah! ¡tan sólo, únicamente, dicen, en los Padres de la Iglesia, en la liturgia ó en las Bulas Pontificias! Los escritores paganos jamás deben aducirse como modelos y sólo, sí, alguna vez, como testigos de la corrupción á que el mundo había llegado. De esta manera se expresan algunos literatos de conciencia, según parece, en extremo delicada; y luego calificando de paganos á sacerdotes y religiosos que enseñan con aprobación de la Iglesia é imitan el ejemplo de Santos, añaden, que cuando se explica algún pasaje de Horacio ó de Virgilio, cuando se tiene la audacia de hacer admirar el arte de Cicerón, no se hace otra cosa que pervertir las inteligencias y convertir en paganos á los discípulos. No satisfechos aún, lanzan sus acusaciones contra profesores católicos que se propasan.... ¿á qué? á glorificar y elogiar el paganismo como se hace inconscientemente casi en todas partes y aun (son palabras textuales) en gran número de Seminarios.

¡Ah, Excelentísimo Señor! si tal perversión

fuese un hecho, si al traducir los clásicos paganos, se pervirtiera á la juventud ¿vuestro apostólico celo, permitiría, Excelentísimo Señor, la traducción de Cicerón, Horacio y Virgilio en este Conciliar Seminario? Sabemos bien que eso fuera imposible.

Mas, veamos las razones intrínsecas que tenemos para no estar conformes con la opinión y escrúpulos de esas almas demasiado tímidas. Dejando á un lado lo que se admite como verdad proverbial, que debe ser la educación cristiana y la enseñanza clásica, observamos que ya el Apóstol en su primera Carta á los Corintios no hallaba inconveniente en citar palabras del pagano Menandro, al decir: „Corrumpunt bonos mores colloquia mala.“ Si hojeamos el Breviario, vemos el himno „Jam lucis orto sidere, etc.,“ compuesto en dímetros yámbicos, metro que había empleado Horacio. El otro himno que empieza „Iste Confessor Domini colentes etc.,“ es de ritmo sáfico del mismo modo que la oda:

Jam satis terris nivis, atque dirae  
Grandinis misit Pater, et rubente  
Dextera sacras jaculatus arces  
Terruit urbem: etc.

Y sea dicho como de paso que Safo, la autora

del ritmo de su nombre, 600 años antes del Salvador ni fué cristiana ni muy piadosa. Este otro himno „Te Joseph celebrent agmina coelium etc.,“ es asclepiadeo que imita una predicción del mitológico dios Nereo. Y ¡cuántas reminiscencias paganas pudiéramos hallar en los himnos eclesiásticos! En la gran solemnidad de la Ascensión del Señor canta la Iglesia:

Sis ipse nostrum gaudium,  
Manens Olympo praemium,  
Mundi regis qui fabricam,  
Mundana vincens gaudia.

Bien claro está que la palabra Olympo es puramente pagana.

Cuando en el Oficio de Confesores rezamos:

„Te, Christe rex piissime,  
Hic confitendo jugiter,  
Calcavit artes daemonum,  
Saevumque Averni principem.“

¿Y quién ignora que la expresión Averni es de frecuente uso en los escritos paganos? También en honor del Patriarca San José canta nuestra Madre:

Hinc Stygis victor, laqueo solutus  
Carnis, ad sedes placido sopore,

Migrat aeternas, rutilisque cingit  
Tempora sertis.

Y aun en el lúgubre canto del *Dies irae* aparecen las Sibilas.

En vista de esto, no será de sospechar que tanta delicadeza por parte de algunos críticos, les lleve hasta el extremo de censurar á la Iglesia Católica, que no rehusa el emplear reminiscencias paganas.

Difícil es suponer qué dirán los enemigos del estudio de los clásicos paganos, cuando en la lectura de los Padres y doctores de la Iglesia, encuentren miles de alusiones y citas de los escritores del paganismo.

Sorpresa nada pequeña habrá de ser la suya al ver que Lactancio, ese torrente de elocuencia ciceroniana, confiesa que sus delicias están en la *Eneida* y en el libro *De oratore*.

Nombre pagano lleva consigo la tabla pitagórica, nombres paganos se hallan en los calendarios al designar los planetas y en los mismos días de la semana se encontrarán con nombres que tienen sabor pagano.

Los partidarios de la opinión que venimos combatiendo, hubieran sin duda alguna reportado gran

provecho de leer y meditar una luminosa carta que nuestro SSmo. P. León XIII ha dirigido al Cardenal Parocchi. Sentimos en el alma no poder transcribir literalmente documento tan valioso, y nos tomamos la libertad de extractar siquiera algún pensamiento.

En un estilo magistral y todo ciceroniano, dice allí nuestro Bmo. Padre: „Que el apóstata Juliano supo bien mostrar su diabólica astucia al prohibir á los fieles el estudio de los clásicos paganos, pues comprendía muy bien que de esta manera arrebataría al nombre cristiano su esplendor y su gloria.“

Después de recomendar al Clero de Roma el estudio de los antiguos romanos, maestros del bien decir, afirma que la Iglesia Católica ha mirado siempre con grande estimación ese estudio, y que los mismos Padres de la Iglesia cultivaban estas letras, según que sus tareas se lo permitían: „Quantum sua cuique tempora siverunt“; y termina diciendo que uno de los más señalados favores hechos por la Iglesia á la humanidad, ha sido el salvar en gran parte las obras de los antiguos poetas, oradores é historiadores de Grecia y de Roma; „Quod libros veteres poetarum, oratorum, historicorum, latinis graecosque magnam

partem ab interitu vindicarunt“, y al hablar de los clásicos cristianos hace, sí, también su elogio en estas palabras: „nec in eis desunt qui tantum ingenio et arte valuerunt, ut veterum romanorum graecorumque præstantissimis non multum cedere videantur.“

Por lo expuesto se deduce que, para sostener tal manera de sentir, los que rechazan el estudio de los clásicos paganos, necesitan ante todo olvidar la práctica de la Iglesia, desde San Pablo hasta Su Santidad León XIII que, amante ilustre de la poesía latina, parece inspirado en los *Fastos* y *Tristes* de Ovidio, al prorrumpir en estos versos, que tomamos de un bello poema dedicado á Rotelli:

Delapsa e coelo tibi Pieris una Sororum  
Frondis Apollineae cingat honore caput.

Y cuando manifiesta en bella poesía su reconocimiento al pintor de su retrato, hace también el inmortal León XIII dos alusiones al paganismo, imitando las *Geórgicas* y recordando al pintor de Alejandro Magno, diciendo:

Expressa solis spiculo  
Nitens imago, quam bene  
Frontis decus, vim luminum

Refers, et oris gratiam.  
¡O mira virtus ingenî  
Novumque monstrum! Imaginem  
Naturae Apelles aemulus  
Non pulchriorem pingeret.

Todo esto nos manifiesta, señores, que la empresa de los que pretenden conspirar contra el estudio de los clásicos paganos es un ataque indirecto á la historia y, lo que es más, á la Iglesia, porque ese estudio ha sido autorizado, defendido y practicado por los Doctores de la Iglesia, por las Órdenes religiosas y Clero desde San Agustín hasta León XIII.

Mas, ¿cómo? ¿y podrá negarse, dicen, habrá acaso quién ignore las enérgicas protésta que los Padres y Doctores de la Iglesia hicieron contra la lectura de los escritores paganos? ¿No dan claro testimonio en favor de esta aserción, entre otros, San Agustín y San Jerónimo, habiendo este último recibido una corrección un tanto severa del mismo Dios por sus aficiones á la literatura ciceroniana?

Antes de contestar á esta réplica permítasenos decir, á nuestra vez, que también San Gregorio Magno aseguraba, que el temor excesivo de algunos cristianos al estudio de los escritos del paga-

nismo era una tentación y artificio del espíritu maligno.

Por lo demás, los Padres de la Iglesia protestaron, es cierto; pero contra los excesos y abusos que se hacen aún de las cosas mejores. Hasta hablaron contra el jugo de la vid, que, según dice el Espíritu Santo, „laetificat cor hominis“ y hace „apostatare sapientes.“ En cuanto á S. Agustín, no podremos saber mejor su manera de sentir que anotando alguna idea de las muchas que dejó escritas acerca de este punto. Laméntase el Santo de las lágrimas que en la juventud había derramado leyendo la descripción de las desventuras de Dido. Sí, S. Agustín y otros muchos lloran el tiempo perdido en lecturas frívolas, en lecturas culpables; mas obsérvese también cómo se vuelve airado el mismo Santo contra Juliano el apóstata, al recordar que el impío había prohibido á los cristianos el estudio y enseñanza de las letras paganas.

El Santo Obispo de Hipona hacía leer á sus discípulos la mitad de un libro de Virgilio „*dimidium libri Virgilii*“, y en la Ciudad de Dios, al capítulo 3.º del libro 1.º, significa sus deseos de que todos los jóvenes lean este gran poeta, el más

ilustre y mejor de los poetas: „Virgilium, dice, quem propterea parvuli legunt, ut, videlicet, poeta magnus omniumque praeclarissimus ac optimus.... (1)

¡Con cuánta perfección y delicadeza pinta á San Cipriano, S. Optato y á una escogida pléyade de santos personajes caminando á la celeste tierra de promisión enriquecidos de oro, plata, preciosas telas y riquísimos despojos del paganismo literario!

¿Qué podremos ahora responder acerca de San Jerónimo? Es indudable que su celo se extendió aún á reprender á los sacerdotes que, olvidándose del Evangelio y del Antiguo Testamento leían poemas que podrían manchar el corazón; pero dice al mismo tiempo que los clásicos son necesarios para la educación de la infancia, „id quod in pueris necessitatis est“ (Epístola 21 ad Damasum). (2)

---

(1) Y en sus confesiones declara que el *Hortensio* de Cicerón, encaminaba su espíritu á Dios, purificándole los pensamientos y elevándolos al cielo. En la obra *De Doctrina Cristiana*, libro 2.º, estimula á los jóvenes virtuosos y piadosos „**adolecentibus timentibus Deum beatamque vitam quaerentibus**“ á tomar de los paganos cuanto en ellos encontraren de belleza y de verdad, imitando así á los israelitas cuando salieron de Egipto.

(2) Ni tampoco debía de creer nuestro santo que los escritos paganos fueran perjudiciales á los sacerdotes ilustrados y apologistas de la fe, cuando él mismo engarza en tal cual período y

Será cierto que San Jerónimo fué reprendido en sueños de ser más ciceroniano que cristiano, pero también lo es que, siendo ya un gran penitente y bien anciano, traducidas ya por él mismo las divinas Escrituras, aun entonces tenía sus delicias en explicar á los jóvenes las obras de Cicerón y de Virgilio.

Dulcísima satisfacción espiritual sentiría, á no dudarlo, el corazón de aquel admirable intérprete de la palabra divina, cuando, después de haber leído mil veces esta profecía de Isaías acerca de la Santísima Virgen y del divino Emmanuel: „Ecce Virgo concipiet et pariet filium et vocabitur nomen ejus Emmanuel“ explicase á sus tiernos discípulos, en el mismo sitio donde nació el Salvador, estos versos del poeta Mantuano:

**Magnus ab integro saeculorum nascitur ordo,  
Jam redit et virgo, redeunt Saturnia regna,  
Jam nova progenies coelo dimittitur alto.**

Si bien es cierto que hay escritores que no abundan en el mismo modo de sentir; antes bien,

---

con bastante frecuencia alguna perla preciosa tomada de Cicerón y de Virgilio. Siendo esto verdad tan clara que parece que aun no pudo escribir su breve y hermosa *Vida* de San Pablo, sin estampar allí estos versos de la *Eneida*:

**Talia perstabat memorans, fixusque manebat,  
Ad quem responsum paucis ita reddidit heros.**

hay quienes opinen que el trabajo y el tiempo consagrado al estudio de los clásicos no puede, sin gran injuria, ofrecerse á Dios.

Semejante afirmación hubiera en estos momentos llevado la merecida respuesta del silencio, si no viniera como hiriendo ese amor propio que no puede nadie desechar, sin hacer un punible desprecio del cargo que desempeña.

Un trabajo literario hubo de llegar, há poco tiempo, á nuestras manos, y en él se dice, que, implorar el auxilio del Señor antes de la lectura, traducción ó explicación de un clásico pagano, es á manera de burla sacrílega.

Mucho tememos, señores, parecer exagerados, y por eso nos permitimos la libertad de traducir á la letra las palabras aludidas. Hélas aquí:

„Antes de explicar á Virgilio (bien pudo haber citado otro cualquier escritor pagano) orar ante un Crucifijo, es lo mismo que implorar los auxilios de Dios para hacer triunfar con más éxito las obras de Satanás, es como arrojar á un ídolo agua bendita y colocar la Cruz.....“ Señores, no transcribimos lo que va á continuación. Más adelante se leen tan lisonjeras palabras: „Los profesores... cristianos y también los Sacerdotes se

convierten en *farmacéuticos* de Satanás, que preparan sin reparo el veneno con que han de quitar la vida á la juventud.“

Por manera que, según tal parecer, cuando, al penetrar en las aulas doblamos nuestra rodilla é imploramos la protección del Señor y la intercesión de la divina Madre, no hacemos más que insultar á Dios mismo, puesto que nos vamos á dedicar al estudio de los clásicos paganos. Según estos, los escritores paganos y el paganismo no se distinguen en nada, y no hay en ellos otra cosa que libertinaje y sensualismo.

No tenemos intención de hacer una apología de los paganos ni del paganismo, puesto que en Seminario alguno se presenta á los autores paganos, oradores y poetas, filósofos é historiadores, como maestros de Teología Dogmática ó Moral.

Pero sí, se sostiene como indiscutible, que la religión pagana y la literatura clásica son dos cosas que no pueden ni deben confundirse, y que las obras admitidas como clásicas son verdaderos modelos de belleza literaria, pudiendo añadir de paso que en su manera de pensar y discurrir, acaso reciban de ellos grandes y provechosas lecciones muchos escritores del Cristianismo. Recuerden

los que con tanto afán combaten á los escritores paganos, que San Gregorio Nazianceno miraba sus obras clásicas como un verdadero don de Dios, y decía: „En cuanto á mí, nada tengo en más estimación y aprecio, después de los bienes del cielo y las esperanzas de la eternidad.“ Ni se puede adivinar qué dirán los que no ven sino corrupción é inmoralidad en la antigüedad pagana, cuando recuerden los elogios que en la Historia de los Machabeos se tributan al pueblo romano, á sus leyes, poder y virtudes políticas; y al ver que San Agustín dice que la filosofía de los paganos encierra gran número de preceptos morales y de trascendental utilidad. Y en otro lugar: „Consultad, dice, el libro de Cicerón intitulado *De Republica*, y observad los elogios que allí se tributan á la frugalidad, continencia y á multitud de cosas referentes á la pureza de costumbres.“

Conste por segunda vez, señores, que no entra en nuestro propósito ensalzar todos los preceptos morales del paganismo; pero sí, es nuestro deber hacer constar que la literatura clásica no es puramente una literatura sensual, y que cuando los profesores católicos enseñan á traducir los clásicos latinos ó griegos no trabajan necesariamente en la

*farmacia* (sic) de Satanás. ¡Qué son seductores y qué pervierten Cicerón y Plinio, Quintiliano, César y Tácito.....? Cuando esto fuera un hecho, vamos también á consignar otra verdad, por cierto bien triste: que en los clásicos de Grecia y Roma no padecen tanto la dignidad humana y la sana moral como padecen en multitud de libros que hoy al público se ostentan y públicamente se expenden.

Por lo demás, es sabido que hay en los clásicos paganos ciertos pasajes que reclaman supresión; mas nadie puede negar que en los Seminarios siempre se tienen presentes aquellas palabras del inmortal Pío IX: „*Germanam dicendi scribendique elegantiam ex clarissimis ethnicis scriptoribus (juvenes) addiscere valeant.*“

Esta es la práctica usada con los libros que pasan á manos de la juventud estudiosa. Y estos libros una vez expurgados ¡qué abundancia y riqueza nos ofrecen de poemas, estrofas y máximas! ¡qué enseñanzas puras como la luz, bellas como la verdad, nobles y desinteresadas como la virtud! (1)

---

(1) ¡Cuántos pensamientos de buena moral nos saltan á la vista!

**Labor omnia vincit improbus—Video meliora proboque dete-**

San Luís Gonzaga, patrón y modelo de la juventud católica, estudiaba los clásicos del paganismo y los admiraba, teniendo, según se lee en su vida, gran satisfacción en el estudio de los filósofos antiguos como Séneca, Plutarco y Valerio. San Juan Berchmans estudió también los clásicos con no menos aprovechamiento que celo y, á la edad de trece años, celebraba la dulzura del nombre de Jesús en dísticos ovidianos, haciendo resonar los nombres de Apolo, de las Musas y de los Campos Elíseos. ¡Ah! ¡que no por eso dejaron de ser Luís Gonzaga y Juan Berchmans acabados modelos de escolares cristianos!

En resumen, parece que los de la opinión que intentamos combatir están animados de un celo

---

*ríora sequor — Pallida mors aequo pulsat pede, pauperum tabernae regumque turres.* ¿Y no parece que Virgilio está viendo la época actual cuando exclama: „*Quid non mortalia pectora cogis, auri sacra fames?*“ Estas frases no son literatura sensual, son, sí, pensamientos profundos, máximas sublimes, de donde el profesor cristiano puede inferir reflexiones utilísimas para los discípulos, que por esta razón la cátedra de un profesor cristiano es en realidad una cátedra donde se enseña lo verdadero, lo bello y lo bueno. Es el profesor un pulidor (valga la expresión) de espíritus; asegurando San Crisóstomo que este arte es superior á todas, las artes, el más sublime y que los Fidias y Apeles aparecen muy pequeños al lado de un profesor cristiano colocado á la altura de su misión. Por eso podemos decir que de esta manera no se hace paganos á los discípulos.

sincero, pero intempestivo. Hay en estos proyectos de reforma exceso quizás de buena voluntad, pero no sobra de conocimiento de la cultura intelectual de la juventud.

Enseñar los autores clásicos no es ni próxima ni remotamente enseñar el paganismo. La literatura clásica enseñada por profesores cristianos, con las reservas convenientes y precauciones ordinarias, no es peligrosa ni para la fe ni para las costumbres; habiéndolo comprendido así la Iglesia que ha usado y gustado siempre de ese estudio.

Por último, el suprimir los autores clásicos ó disminuir considerablemente su estudio, sería disminuir otro tanto la perfección intelectual y el buen gusto literario.

### III

Si hemos hablado de algunos escritores que, partidarios de la lengua latina, de hecho aparecen combatiendo su estudio; ahora nos hallamos con otros que, sin rodeos, pretenden excluirla del programa de enseñanza, obedeciendo al concepto que se han formado de lo que debe ser la instrucción. Dicen éstos que á la *utilidad*, esto es, á la ganancia debe siempre encaminarse la instrucción. Debe atenderse al bien del pueblo que, según ellos, no es más que una sociedad industrial y comercial que tiene por objeto producir y vender. Estas gentes utilitarias, representadas por M. Frary, son unánimes en recomendar que toda persona busque el trabajo y empleo más productivo, debiendo tener siempre la mirada fija en el comercio universal. Á este punto se ha de dirigir el programa de la enseñanza. Hemos venido al mundo,

según estos, para enriquecernos. ¿Qué es la religión? El culto del becerro de oro. ¿Y la familia? Un medio de adquirir riquezas. ¿Y la patria? La suma ó conjunto de las riquezas individuales. ¿Sentimos en nuestras almas algún deseo noble? ¿las cosas espirituales nos impresionan? ¿alguna aspiración sublime nos llama á las regiones de lo invisible? Desechad tales ensueños. ¿Son cosas que puedan venderse ó constituyan un capital productivo? No siendo de esta manera, el entregarse á tales satisfacciones, seguir esos pensamientos, no es propio de un hombre que mire á su porvenir. Señores, nada hay aquí de exageración; he aquí las palabras de M. Frary que resumen el problema: „La cuestión de instrucción, dice, es una cuestión de dinero. Las artes liberales no son ya propias de nuestro siglo. ¡Demasiado tiempo hemos tenido ya por modelos á los Griegos y Romanos! Procuremos ahora estudiar los Ingleses y Americanos.“

Esto es lo que en pleno siglo XIX se atreven á proponer. ¿No es por ventura retroceder al paganismo? Pero no, no he dicho bien, que los paganos mismos tenían una idea más elevada de la educación. En los jóvenes á quienes instruían, procura-

ban sembrar la semilla de una completa cultura humana y de la religión. En el libro 3.º *De Oratore*, Cicerón se expresa de esta manera: „in iis artibus quae repertae sunt, ut puero- rum mentes ad humanitatem fingerentur atque virtutem.“

M. Frary no piensa en que la juventud tiene una alma inmortal, ni que hay una Iglesia con sus enseñanzas, ni que hay Dios.

¡Ruinoso habrá de ser el edificio fundado sobre tales cimientos!

Parece que M. Frary, al combatir la enseñanza del Latín, obedece de un modo más ó menos consciente, á su pasión antirreligiosa. La Iglesia es quien conserva el idioma del Lacio en su liturgia y en sus libros; la Iglesia ha formado la juventud durante muchos siglos al contacto de los grandes escritores de Atenas y de Roma.

Pero veamos en que se apoyan esos talentos, cansados ya de estudiar los escritores romanos, para excluir el Latín de los estudios clásicos. M. Frary, su celoso representante, se propone, en primer término, dificultades á las que intenta responder satisfactoriamente.

Los partidarios del Latín, dice él, le defienden

con estos argumentos: „Que el estudio de una lengua antigua es un medio excelente para ejercitar el espíritu de los jóvenes; que el conocimiento del Latín es indispensable para los que intentan conocer á fondo las lenguas neo-latinas; y que el estudio de los escritores notables de la antigüedad forma el espíritu y el corazón.

Toma M. Frary estos argumentos, como él dice, cuerpo á cuerpo; pero se encuentra con que son demasiado sólidos y pesados.

Los que como él opinan, añaden que la inutilidad de estos estudios está demostrada por esto que, desde el momento en que los jóvenes obtienen su aprobación, no se acuerdan ya más de Homero ni de Virgilio. Lo cual demuestra que nada se ha conseguido ni se ha tomado afición á tal género de estudios.

Pero sírvanse decirnos: cuando á un joven se le dedica al estudio del Latín por dos, tres y cuatro años, ¿será tal vez con el único objeto de enseñarle á traducir un tema? No, por cierto; se persigue otro fin muy trascendental: inténtase además cultivar, perfeccionar aquel entendimiento.

Todos cuantos han parado su atención en la manera de mejorar las facultades mentales, han

convenido en la necesidad de colocar á los jóvenes en lucha con las dificultades de una lengua extraña.

Livio Andrónico es el primero que abre en Roma una escuela, enseñando el griego; y siendo necesario un libro de estudio, traduce la *Odisea*. „Nihil amplius, dice Suetonio de Livio y de Ennio, quam graeca interpretabantur“. Más tarde, en tiempo de Quintiliano, continúa el estudio del griego al mismo tiempo que la explicación de los antiguos autores latinos. Y este escritor distinguido, hablando con la experiencia de una prolongada práctica, dice: „Et illa ex latinis conversio multum et ipsa contulerit.... neque ego paraphrasim esse interpretationem volo, sed circa eosdem sensus certamen atque aemulationem.“ Y luego añade: „Non scripta lectione secura transcurrimus, sed necessario introspicimus, et quantum virtutis habeant, vel hoc ipso cognoscimus quod imitari non possumus.“

Con toda claridad están señaladas aquí las ventajas que el latín proporciona para la cultura y perfección del espíritu. Comprender el significado de una palabra, y, á través de este velo, apreciar los matices delicados del pensamiento; fijar la

atención, poner en apretura la reflexión y el espíritu para que la idea, al pasar de una lengua á otra lengua, no padezca alteración alguna; discernir el valor de las expresiones, la propiedad de sus giros apreciando su variedad; seguir la marcha del pensamiento en las frases en que una buena sintáxis no le puede acompañar: cierto es, que todo esto resulta muy enojoso, exige á la paciencia muchos esfuerzos; pero se saca gran provecho y utilidad: así se adquiere el gusto fino y delicado, y se dispone el entendimiento para otras más difíciles y arduas tareas.

Ninguna lengua viva nos puede suministrar tan grandes ventajas. Y la razón es bien clara. Estas lenguas son menos libres en su construcción que el griego y el latín y, en consecuencia, el esfuerzo es menos considerable en la investigación del pensamiento que envuelven.

Además siendo, como en efecto lo son, estas lenguas modernas, expresan ideas de uso corriente, pudiéndose por esta razón penetrar el pensamiento con mayor facilidad que sorprender el de aquellos escritores que vivieron hace mil años.

Y de ahí que el ejercicio intelectual que resulta de estudiar el latín, sobrepuja á los otros por el

número de dificultades, por la intensidad del esfuerzo intelectual y por la suma de ventajas que de allí se reportan.

Fácil es de suponer que estas ventajas no las vean con entera claridad los que, apreciando tan sólo la industria y comercio, suelen preguntar cuántos *dollars* vale un hombre; mas el amante de la ciencia, el que se haya convencido de que no son mera ficción estas palabras de la Verdad Eterna: que el saber es más digno de aprecio que el oro y piedras preciosas y que nada de cuanto puede apetecerse es comparable al saber, llamando desdichado al que desecha la sabiduría, y diciendo asimismo, que nada aprovechan á un necio las riquezas, puesto que con ellas no puede comprarla; vuelvo á decir, el que esté bien penetrado de estas verdades mucho debe padecer cuando al entrar en una gran biblioteca llegue á convencerse de que tesoros de un saber inmenso se hallan escondidos á su mirada, puesto que desconoce la lengua latina.

„En efecto, el latín, dice D. Vicente Calatayud, ha sido aceptado como órgano universal de las ciencias.

„Todos los sabios de la edad media escribieron

en latín, no fiando de encomendar sus obras á la *variabilidad* de los dialectos vulgares, todavía no formados é imperfectos y que carecían de la precisión y exactitud, de la riqueza y fecundidad de las lenguas que tienen ya fijas sus formas. Desde entonces la lengua latina fué la lengua universal de los eruditos, y aun después que los idiomas modernos hubieron alcanzado su perfecto desarrollo y tuvieron formada su gramática, la ciencia siguió escribiendo en latín y los hombres sabios se sirvieron de él como de órgano para expresar sus pensamientos y legar á las generaciones venideras sus altas y sublimes lucubraciones. Copérnico, Kepler, Newton, Leibnitz... han escrito en latín, y obras latinas en todos los géneros constituyen la mayor y más preciada parte del tesoro de nuestras bibliotecas.“

Oigamos ahora al conde De Maistre hablando del mismo asunto: „Después de haber sido el instrumento de la civilización, no faltaba á la lengua latina sino un género de gloria, que adquirió también llegando á ser, á su tiempo, la lengua de la ciencia. Así es que los grandes genios la adoptaron para comunicar al mundo sus luces y pensamientos. Una multitud innumerable de historiadores,

de publicistas, de teólogos, de médicos, de anticuarios, han llenado á Europa de obras latinas de todos los géneros. Dulces y graciosos poetas, literatos de primer orden volvieron á la lengua de Roma sus antiguas formas, llevándola á un grado de perfección que no cesa de admirar á los hombres nacidos para comparar los nuevos escritores con sus modelos.

Todas las demás lenguas, aunque cultivadas y entendidas, callan sin embargo, en los monumentos antiguos y probablemente callarán siempre; sólo la lengua de Roma, entre todas las lenguas muertas, es la que verdaderamente ha resucitado, y semejante á Aquel á quien ella celebra hace veinte siglos, *una vez resucitada no volverá á morir.*“

Pudo decir con verdad un conocido escritor, que bien merecía estudiarse el dialecto que se habla en Cataluña tan sólo por admirar los versos de un distinguido poeta contemporáneo ¿no merece, por ventura, sacrificios y desvelos el estudio de esa lengua que han hablado tantos sabios, historiadores, oradores y poetas que aun llenan hoy el mundo de admiración? No se nos oculta, es verdad, que hay miles de traducciones que pueden suplir la falta;

pero bien, concedido aún que permanezcan inalterables en el fondo las ideas y pensamientos (lo cual no siempre sucede) resultará, al menos, casi imposible conservar la delicadeza de la expresión y el artificio y la galanura de la frase, que constituyen su principal encanto.

No disentía tampoco San Jerónimo de este mismo parecer al decir: „Traducidá Homero, y del hombre más elocuente hareis un niño que apenas sabrá expresarse.“

De utilidad suma es también el estudio de esta lengua para el español que desea conocer con fundamento el idioma de su patria. Sólo así podrá apreciar como Cervantes, Fr. Luís de Granada y Fr. Luís de León fueron, son y serán siempre modelos admirables de bien decir, en la frase correcta, lenguaje castizo, rotundidad y armonía de sus períodos ciceronianos; y al admirar en estos modelos ese amistoso equilibrio entre las facultades intelectuales y las secundarias, donde conserva la razón el superior mando sobre la imaginación y la sensibilidad; comprenderá entonces que esa perfecta armonía es fruto de la unión fecunda del alma española y del genio romano, pero ese genio suavizado, corregido y apropiado á nuestro

temperamento, renovado y engrandecido por el Cristianismo. Y aquel tino, buen sentido, la paciencia y la constancia en trabajar, pulimentar y perfeccionar ad unguem sus obras literarias los tomaron nuestros modelos de los clásicos romanos.

Así se puede apreciar cuanto debe la lengua patria á su madre la lengua latina; siendo tanto lo que de esta ha recibido, que deben justamente llamar nuestra atención estos datos que pasamos á transcribir: „De 2.600 raíces que tiene el idioma de los romanos, han llegado á nuestra lengua 1.595, de las cuales 592 solamente por la terminación se distinguen en ambas lenguas; 426 se encuentran en castellano algo modificadas por adición, supresión ó cambio de alguna letra; 405 se hallan únicamente en derivados y compuestos; 30 no se usan más que en la elocución culta y poética; 142 han pasado al español considerablemente transformadas.“ Este sólo dato bastaría para probar que es necesario conocer la lengua madre para saber español.

Las relaciones que median entre la lengua española y la latina se ven con más claridad, al comparar las formas y construcciones de ambos idiomas. Si nos fijamos en las terminaciones nominales,

muchas de ellas son iguales por completo y otras están tomadas del ablativo latino sin la menor diferencia. Multitud de superlativos y adverbios modales están revelando su origen latino. Y ¿quién puede desconocer la analogía que existe entre las formas verbales de los dos idiomas? Aun las mismas irregularidades que observamos en muchos verbos de la lengua de Castilla, están correspondiendo á las que tiene la lengua del Lacio. La concordancia, el régimen de muchas palabras y un sinnúmero de particularidades nos están diciendo siempre que no se puede llegar á poseer con perfección nuestro idioma, sin conocer la lengua latina. Y esta verdad es tan patente, que hay no pocas reglas de la Real Academia que suponen el conocimiento de la lengua madre; en otro caso resultan inútiles por completo.

Si el estudio de la lengua latina merece especial predilección, porque á ella debe su origen el idioma que usa nuestra madre patria, aun existe otra razón más poderosa: la consideración de que este y ningún otro es el lenguaje que emplea nuestra Madre la Iglesia Católica.

Su divino Fundador había formado una sola grey y un solo Pastor; había entregado á su Esposo

sa un precioso tesoro, y era menester que estuviera resguardado de manos profanas; hábale enseñado una sola fe, para que ella á su vez la enseñara á sus hijos: mas, ¿cómo podría hacerse entender de tan numerosa familia, compuesta de individuos y pueblos que hablaban tan diferentes idiomas? Aquí también se manifiesta la sabiduría de nuestra Madre: toma la lengua latina é imprimiéndole el sello de inmutabilidad, hácela intérprete de sus invariables dogmas, y, con tan poderoso resguardo, reciben sus hijos sin la menor pérdida, el tesoro inapreciable de sus creencias.

En esta lengua nos habla, al dirigirnos su maternal palabra, cuando nos llama por vez primera sus hijos; en esta lengua nos habla al armarnos caballeros para luchar con desnudo contra nuestros enemigos; en esta lengua nos habla al poner en nuestros labios el alimento de eterna vida, que nos da aliento, valor y fuerzas para no desfallecer en la escabrosa senda que nos lleva al cielo.

Ahora pues, si para el que tiene creencias merece este lenguaje una grande estimación ¡sagrada! si así podemos decir; si es de una importancia suma para el hombre científico, y para todo español que aspira á conocer la lengua patria, no va-

mos á preguntar si será de utilidad, mejor diremos, de necesidad imperiosa para los que encaminan sus pasos al Santuario.

Pensamiento grande y en sumo grado trascendental encierra, Excelentísimo Señor, vuestro vivo deseo, felizmente secundado por el dignísimo Jefe de este Seminario, de ver coronados de flores del Lacio á los escolares que ansían subir las gradas del Altar. En lengua latina verán consignadas verdades profundas que en sí atesora la ciencia humana: en esa misma lengua latina verán escritas verdades sublimes que en sí atesora la ciencia divina.

¡Divina ciencia que ha de servirles para elevar las almas al conocimiento de Dios! ¡divina ciencia que ha de servirles para elevar las almas á la mansión del cielo!

¡Cuán honroso puesto le ha cabido siempre á esa lengua sabia y noble ya desde su misma cuna!

Hija predilecta de la palabra del divino Homero, pasa los floridos años en los palacios de la gran Reina del mundo, teniendo á Cicerón, Virgilio, Horacio y otros mil y mil personajes ilustres, como los heraldos de su belleza, grandeza y majestad; y, si en esas catástrofes que han perturbado el

orbe, manos alevés se han atrevido á maltratarla y la han dejado casi cadáver, la Esposa de Jesús, compadecida, la toma en sus brazos y al calor vivificante de su corazón bondadoso, la lengua latina recibe aliento, anímase, adquiere nuevos encantos y desde entonces vémosla recreándose, no ya en las humildes regiones de la vulgaridad, sino en las altas esferas en donde mora la ciencia, la virtud y toda santidad. Los grandes sabios fijan en ella respetuosa mirada; Padres y Doctores le dedican sus grandiosas obras y la Iglesia Santa le da gloriosa prenda de inmortalidad.

¡Lengua latina, tú eres la lengua de los grandes destinos! Tú oyes la voz de nuestro amado Padre en la elevada cumbre del Vaticano y nos la trasmites harmoniosa, vibrante y pura á todos los hijos que estamos cubriendo la faz de la tierra. Tú eres, parece, como omnipotente: suena tu voz, y el maligno espíritu aléjase y huye despavorido; suena tu voz, y las almas muertas vuelven á la vida con fúlgidos destellos; tu voz se eleva á las nubes, pasa la región del aire, atraviesa los espacios, suena ante el trono de Dios y, Dios mismo, sí, Dios mismo descende á nuestros Altares; tu voz lleva al cielo tierna plegaria de la Iglesia Santa, y el

Cielo nos brinda con sus bondades. Son tus palabras dardo formidable, cuando se dirigen al alma del protervo; son tus palabras dulces, cariñosas, cuando las oye un alma penitente; son tus palabras lúgubre lamento, cuando la Iglesia llora la muerte de sus amados hijos; son tus palabras grave, solemne y majestuoso concento, cuando la Iglesia Santa, en sus grandiosos templos, con júbilo entona los triunfos y glorias del Catolicismo.

HE DICHO.















